

Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María

Monasterio de Santa Ana de Lazkao, 8 de diciembre de 2023

Lecturas: Génesis 3,9-15.20; Efesios 1,3-6.11-12; Lucas 1,26-38

"Alégrate, llena de gracia: ¡el Señor está contigo!" (Lc 1,28)

En el saludo del ángel que repetimos en cada Avemaría se expresa en esencia todo el misterio cristiano. Se expresa tal como es en sí mismo y tal como se realiza en nosotros.

Es, ante todo, un misterio de alegría. El ángel no sólo invita a María a alegrarse: le trae la alegría. El ángel Gabriel trae a María una alegría más grande que él, una alegría que lo llena y lo supera, la alegría de Dios. ¿Por qué se la trae? Porque en ese momento ni siquiera Dios puede contener su alegría, la alegría que hay en Él, la alegría que el Padre y el Hijo intercambian con su amor, la alegría y el amor del Espíritu Santo. Es como una cascada de alegría que se desborda de la Trinidad, pasa a través del ángel y se desborda también de él, y finalmente va como a encerrarse en el corazón de una joven de Galilea, de un pueblo pobre de gente sencilla, en una casa medio excavada en la roca y completada con ladrillos.

Normalmente, una catarata, como la del Niágara, se vierte por espacios cada vez más amplios, hasta llegar al océano. Aquí, sin embargo, se produce un extraño milagro: el inmenso e infinito amor gozoso de Dios se derrama por canales cada vez más estrechos para reposar en un pequeño corazón humano. El misterio cristiano se revela como un trastoque total de medidas y valores. Un corazón pequeño es en realidad más grande que el mar, más inmenso que el cielo estrellado, más infinito que el universo. Grande ya no es lo que ocupa mucho espacio, sino lo que se deja llenar: "¡Alégrate, *llena* de gracia!".

El corazón de la Virgen, más que grande, estaba vacío, vacío de todo lo que impide que la gracia lo llene; vacío de todo lo que impide que la alegría de Dios lo llene.

Pero, ¿qué son la gracia y la alegría que llenan de infinito el vacío de un pequeño corazón? Todo lo explican las palabras del ángel, que son quizá las palabras más hermosas, el anuncio más bello, que puede oír un corazón humano: "¡El Señor está contigo!".

Sí, la gracia es la comunión del Señor con nosotros, la alegría es que Dios esté con nosotros.

Comprendemos entonces de qué estaba vacío el corazón de María: estaba vacío de sí misma. Nuestro corazón se llena mal cuando nos replegamos sobre nosotros mismos, cuando nos llenamos de nosotros mismos, de nuestro pensar y de nuestro preocuparnos de nosotros mismos, de alegrarnos sólo en nosotros mismos. Es la autorreferencialidad que el Papa Francisco siempre estigmatiza: un estar llenos de sí mismos, hinchados y satisfechos de sí mismos, que obstruye el corazón como un canal lleno de escombros que ya no permiten que el agua fluya hacia el mar.

El anuncio del ángel y la acogida de María, su disponibilidad preocupada únicamente de que esta plenitud sea posible y se produzca en ella a pesar de su pequeñez, a pesar precisamente del vacío de sí misma, todo esto nos revela a qué está llamado nuestro corazón y a qué renunciamos con demasiada frecuencia cuando nuestro corazón no está vacío y libre de nosotros mismos.

"¡El Señor está contigo!": renunciamos, rechazamos una presencia increíble, una compañía sin igual, una amistad imposible pero real: la de Dios con nosotros y la de nosotros con Él. Renunciamos a estar llenos de Dios, llenos de su amor, llenos de su alegría, llenos de Cristo, llenos del Emmanuel, ¡del Dios-con-nosotros!

¡Qué dolor, qué tristeza, si rechazamos esto, si dejamos pasar esta gracia, esta Presencia, esta venida en nosotros del Hijo de Dios!

Pero en este desconcierto, Dios nos ofrece un camino sencillo y seguro para recuperar esa plenitud de nosotros mismos que corremos el riesgo de perder, que tal vez ya hemos rechazado mil veces, por negligencia, por orgullo, por superficialidad. Dios nos ofrece a María, la pone ante nuestros ojos, como se le dijo a Juan: "¡He ahí a tu Madre!" (Jn 19,27), o como al ladrón arrepentido que, mirando a la Madre al pie de la Cruz ofrece a Jesús su corazón lleno de miseria, pero ahora también del deseo de estar siempre con Aquel que está con él en la Cruz, en el dolor, en la ignominia, en la muerte: "¡Hoy estarás conmigo en el Paraíso!" (Lc 23,43)

¿Qué contempla de bueno quien mira a María? El que mira a la Madre, ¿qué vislumbra posible en nosotros, pecadores? Ve su "Sí", su "*Fiat*", su dócil "Heme aquí" al imposible acontecimiento que el Espíritu Santo puede obrar en nosotros, entre nosotros, en el mundo: "He aquí la esclava del Señor: ¡hágase en mí según tu palabra!" (Lc 1,38).

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori
Abad General OCist